

sonó en medio del estruendo que reinaba en la Calzada de Antín.

—¡Adriana! Adriana!!

¡Nada! El cochecillo había desaparecido á lo lejos, entre la niebla.

Sulpicio permaneció un momento en el mismo sitio, atraído por el ruido de la calle. Si cualquiera lo hubiera empujado estrellándolo contra las losas de la acera, se hubiera alegrado. Parecíale que en torno suyo no quedaba más que el vacío y que á sus pies no había más que un abismo donde se agitaban confusamente muchos desconocidos que nada tenían que ver con su vida.

Aquel aislamiento le dió miedo. Bajó á la calle, apresuradamente se metió en un coche é hizo que lo llevasen á la estación del ferrocarril, para ver si encontraba á Adriana.

—¡De prisa, de prisa! ¡lo más de prisa posible!

El cochero fustigaba los caballos, los vidrios del carruaje sonaban produciendo el ruido de la metralla.

Vaudrey llegó tarde. Hacía veinte minutos que había salido el tren. Había estado demasiado tiempo asomado al balcón.

—Además—se dijo—no me hubiera perdonado de ningún modo. Y no olvidará jamás.

Acurrucada en un vagón del tren que la llevaba, cerrando los ojos, viendo todo su pasado que ahora le parecía un sarcasmo cruel, Adriana, sacudida por el movimiento del coche, que aumentaba su fiebre, sentía que el pecho se le hinchaba, y llamaba á sí todas sus fuerzas para no echarse á llorar y publicar su dolor terrible. Se llevaba á su país las flores que le habían enviado de Grenoble, ya marchitas, y en aquel momento, en la confusión de ideas que cruzaban su mente, veía el pálido semblante de Lissac y le parecía estar oyendo aquellas palabras que la dijo Guy al oído: «*Parce que sois una mujer honrada es por lo que os amo.*»

—¡Una mujer honrada! Pues amo lo mismo que las demás—murmuró, pensando en aquel Vaudrey á quien ya no volvería á ver y á quien ya no amaba.

—Sí, ya soy viuda; y una viuda que no amará á nadie más, ni se casará segunda vez.

VIII.

Vaudrey se había quedado solo en París, como un cuerpo sin alma, perdido, atormentado por el tedio, triste con sus amargos recuerdos, ante la in-

felicidad que le esperaba, repitiéndose sin cesar que, lejos de él, aquella Adriana que sin duda no le perdonaría nunca, diríase, sin duda, allá en sus soledades de Grenoble, que por lo menos los políticos á quienes detestaba le debían el divorcio.

Una noche que Sulpicio no sabía qué hacerse después de un día interminable de fastidio y de triste ociosidad, entró en el teatro de la Ópera para distraer la vista, ya que no pudiera distraer su pensamiento.

Cantábase *Aida* aquella noche, y hacía su primera aparición en la escena una principiante de quien se contaban maravillas, presentándola como una verdadera *estrella*.

Sulpicio Vaudrey, desde que se marchó Adriana—hacía ya dos semanas—erraba por París como un alma en pena, cuando no iba al Parlamento, donde también se encontraba á disgusto, á causa de sus timideces y recelos de hombre en desgracia.

Vaudrey, cansado, aburrido, melancólico, iba á sentarse en el teatro para matar una noche de tedio.

La sala se hallaba de bote en bote, como dicen los revisteros. Antepechos de palcos deslumbradores de brillantes, y las butacas llenas de glorias

parisienses y de nombres exóticos. En el anfiteatro no había ni un solo asiento que no se hallase ocupado por una *celebridad*. El azar había colocado en medio de aquel *todo París* á Sabina Marsy cerca de la señora de Gerson, las dos amigas que se detestaban. Esta última animaba con su belleza y su charla sempiterna el palco del Prefecto de policía, donde se veía el anguloso perfil del señor Jouve-net. Hablaba en voz alta de sus salones, de sus tertulias, de sus amistades; abrumaba con el relato de sus triunfos á la señora de Marsy. En un rincón del palco el señor Gerson dormía abrumado por el cansancio. Su mujer se echó á reír al ver á Sulpicio en su butaca.

—¡Toma! ¡ahí está el señor Vaudrey! ¡Aún tiene un poquillo el aire de un hombre derrotado!

Y contó á sus amigos, que se apiñaban en el palco inclinándose hacia ella para contemplar con deleite su ebúrneo seno, que lucía á maravilla bajo el escote de su elegante traje de raso, que Vaudrey estaba convidado á comer en su casa la tarde misma que salió del Ministerio.

—Naturalmente, no vino—añadió.—Siempre suceden esas cosas y son verdaderamente fastidiosas. Se convida á comer al Secretario del Presidente del Consejo de Ministros. Se le pone su co-

rrespondiente tarjeta. Llega, y se acabó: ya no es Secretario del Presidente, ni el Presidente es lo que era, ni hay Presidente del Consejo, ni Consejo de Ministros siquiera; antes de aceptar una invitación debiera todo el mundo tener cuidado de asegurarse sus títulos.

Reía mucho y muy fuerte, en tanto que la señora de Marsy, medio destronada ya, se abanicaba con ademán nervioso ó fingía mirar con los gemelos á tal ó cual lado del teatro, aparentando un profundo desdén hacia su vecina. Era aquella una amistad convertida en odio á muerte.

Vaudrey, pensativo y cabizbajo, se había colocado en su butaca de orquesta. Estaban en un entreacto. Miraba maquinalmente á todos los lados de la sala, admirándose aún de que no le saludaran con las respetuosas inclinaciones de cabeza que todo el mundo le dirigía un mes antes. Sentía que se hallaba caído, y sólo se consolaba diciéndose que la especie humana es así, admiradora entusiasta del éxito y despreciativa y olvidadiza con el caído. ¿A qué preocuparse con ello, ni á qué pretender que los hombres se enmendaran?

De pronto, á través de los cristales de sus gemelos, que iban presentándole por turno á la señora de Marsy, á Jouvenet, á la de Gerson, recuerdos vi-

vos muy irónicos, Sulpicio se estremeció, sacudido por una emoción más viva, casi colérica, al detener su mirada en un palco donde se destacaban sobre el fondo rojo de los cortinajes estas dos caras: la de Rosas y la de Mariana.

Sintióse indignado y desagradablemente sorprendido.

Veía allí, delante de sí, entre dos columnas enormes, en el remate de las cuales dos caretas doradas, gigantescas, parecían reirse de él, á la mujer que había adorado, cuya presencia le desgarraba todavía el corazón, y que pálida, vestida con un traje blanco, se inclinaba hacia Rosas con movimiento adorable, con sus cabellos rubios caídos sobre sus desnudos y blanquísimos hombros, aquellos hombros que aun le parecía estar viendo temblorosos al sentir sus besos apasionados; aquellos hombros donde aun hubiera pegado sus labios y hundido sus dientes de buena gana.

Aquella pálida belleza diabólicamente adorable, con el cabello y las orejas deslumbradoras de pedería preciosa, se destacaba sobre el fondo obscuro del palco, y como el ojo enorme de un cíclope aparecía, formando á veces una aureola de luz en torno de la frente de Mariana, el agujero redondo de cristal cuajado que tenía la puerta del palco.

Más pálido aún que ella, con aspecto enfermizo, pero sonriente, Rosas mostraba al lado del rostro de Mariana su cara trágica como un retrato de Coello.

Su cabeza, cansada, pensativa y pequeña, se apoyaba en la palma de la mano, que vista con los gemelos parecía una mano de cera, en el dedo anular de la cual brillaba una esmeralda enorme. El Duque de Rosas estaba inmóvil.

Ella, por el contrario, inclinábase á veces hacia su prometido, acercaba su boca al oído del español, le murmuraba palabras que Vaudrey adivinaba, y que eran sin duda la causa de que en los tristes ojos del aristócrata brillase un relámpago de fiebre. Y como Mariana se retrepaba sobre el espaldar de la silla donde estaba, el busto desaparecía, y Sulpicio sólo podía distinguir por encima del antepecho del palco su rostro, su cuello y sus hombros blanquísimos. Parecíale estarla viendo desnuda, completamente desnuda; y dibujaba con los ojos de la imaginación las líneas estatuarias de su cuerpo, de sus caderas, que él había estrechado tantas veces con voluptuosidad y que le habían pertenecido.

Sentíase acometido de fuertísima tentación de subir al palco, de abrir la puerta y de gritar á

aquel hombre que aun no le había dado su apellido á Mariana.

—¡No la conocéis! esa es la personificación del vicio y de la mentira.

Detrás de Rosas y de Mariana parecióle á Vaudrey que de cuando en cuando aparecía un rostro barbudo por encima de una corbata blanca: era la altiva cabeza del tío Simón.

Sulpicio, en tanto que en la escena se verificaba el famoso desfile de los egipcios, procuraba distraer su pensamiento y arrancar la vista de aquel grupo que le trastornaba. Y sin embargo, lo miraba sin cesar, á despecho de la voluntad suya, y ahondaba la herida que la presencia de aquella mujer le había causado en mitad del corazón.

Parecía que Mariana no le había visto siquiera. Cuando cayó el telón, entró entre bastidores, más que por visitar el escenario, por huir de su vista que le irritaba. Respirando aquel olor á teatro, experimentaba una sensación extraña que le hacía sufrir y le consolaba. Los maquinistas hacían rodar de una parte á otra los bastidores de la gran decoración egipcia en el telón de fondo, en la cual veíanse palmeras inmensas que se destacaban sobre el fondo azul del cielo. Sulpicio experimentaba la sensación, cruelmente irónica, de volverse á hallar

sobre aquel mismo tablado, la noche en que por primera vez había entrado en aquel escenario, sonriente, hinchado de satisfacción, saludando á derecha é izquierda, saludado por todos y oyendo por todas partes estas palabras, que sonaban á su oído como el dulce murmullo de la brisa de Marzo:

—¡El señor Ministro!

El aspecto de aquellos lugares era el mismo, los mismos fracs negros sobre el mismo tablado luminoso, los mismos rayos de luz eléctrica que proyectaban á la hora de su caída, como habían proyectado á la hora de su entrada en el Ministerio, la misma aureola sobre su persona. Algunos bomberos cruzaban el escenario, vigilando con aire de cansancio; los tramoyistas andaban de una parte á otra con los trastos de las decoraciones, ó barrían quitando el polvo de las tablas. Y como si todos esos pormenores insignificantes hubiesen interesado grandemente á Sulpicio, los contemplaba con ojos atentos, en tanto que su pensamiento volaba lejos de aquellos sitios.....

De pronto, en medio de un grupo, cruzando por allí con el sombrero puesto, seguido por una escolta de adulares, Sulpicio vió á Luciano Granet rodeado de la aureola producida por su reciente triunfo, y que cruzaba el escenario repartiendo á

derecha é izquierda pequeños saludos de protección.

El gran Molina acompañaba al Ministro, riendo mucho y muy fuerte.

Vaudrey sintió algo así como la impresión de un puñetazo colosal en medio del pecho.

Recordó su encuentro casual con Pichereau en aquel mismo sitio, y para no tener que sufrir el apretón de manos casi irónico de Granet, que se dirigía á él—ese apretón de manos que él había dado cierta noche á Pichereau—se escondió rápidamente detrás de un bastidor, ganándose de pasada un *perdonad, caballero*, de un carpintero que estuvo á punto de romperle la cabeza con un trasto, y un *¡vaya un torpe!* de una bailarina con la cual tropezó, y á la que dió un pisotón mayúsculo.

Volvióse hacia la bailarina para disculparse, y entonces vió delante de sí á una muchachita fresca y sonrosada, cuyos ojos se pusieron asustados y cuyas mejillas coloreáronse al reconocer á Vaudrey. Era María Launay, la misma que había visto el año antes bromeando con el banquero Molina en el saloncillo de bailarinas.

—¡Oh! no os había conocido—dijo.—Perdonadme, señor Ministro.

Quiso Sulpicio responder algo; pero aquel título

que ella, ignorante de los cambios políticos, le daba aún, lastimó el corazón como si se lo hubiesen arañado; y además, por el otro lado del escenario vió que llegaba á la puerta de comunicación Luciano Granet, rodeado de su estado mayor y seguido de ese cortejo eterno de los poderosos, en el cual Warcolier hablaba, como siempre, en voz muy alta, y donde llamaban la atención el vientre enorme y las impertinentes carcajadas del famoso Molina.

—Tal vez la señora de Marsy habrá suplicado á alguno que le presente á Granet—pensaba tristemente Vaudrey, recordando que su amigo Guy de Lissac había ido apresuradamente á buscarlo en aquel mismo sitio para conducirlo al palco de una mujer á la moda.

¡Cuán lejano estaba todo aquello!

Sabina Marsy se hallaba ya destronada! ¡Y él!.....

Sintió que le golpeaban en el hombro amistosamente, y vió al volverse que era Warcolier, quien habiéndole visto sin duda desde lejos, se acercaba á él con el único objeto de tratar con aire de protector al que por tanto tiempo y con tono respetuoso había llamado *señor Ministro*.

—¿Qué hay de nuevo, mi querido Vaudrey?—

dijo Warcolier, irguiendo la cabeza y sonriendo con cierta expresión que en él resultaba agresiva.

—¡Nada!—dijo Sulpicio.—Que me parece magnífica la música de Verdi.

—¡Oh! un poquillo wagneriana—contestó Warcolier, que repetía lo que había oído.—Pero ¿y de política?

—¡Oh! eso es cuenta vuestra ahora.

—Pues bien; todo marcha viento en popa. Ahora descansamos. La opinión pública se muestra satisfecha, porque hay un Ministerio más..... más.....

—¡Más homogéneo!—dijo Vaudrey con tono burlón.

—Justamente. Y despues de todo, el deber de los buenos ciudadanos es defender á este Gobierno, siquiera por patriotismo.

¡Ah! decididamente Vaudrey no podía sufrir el aplomo estúpido de su antiguo Subsecretario, que era en la actualidad los pies y las manos de su sucesor. Sonrió como si se burlase de él, y volvióle la espalda.

Warcolier no se enojó, porque estaba seguro de haber molestado al ex Presidente del Consejo, y esto le bastaba para estar satisfecho. ¡La coz del asno! ¡la gracia del tonto!

Vaudrey se dirigía á su butaca, muy arrepentido

de haber ido al teatro, furioso contra aquel imbecil pretencioso, cuando al salir del escenario, en la especie de antesala donde como de costumbre se hallaba Luis apuntando los nombres de los que entraban entre bastidores, tropezó con Lissac.

Guy, al verle, se puso un poco colorado.

—Es preciso venir aquí para verte—dijo Sulpicio.—¿Por qué no has vuelto por mi casa? ¿porque ya no soy Ministro?

—Esa sería una razón para que me vieses más á menudo—contestó Lissac.—¿Pero no es eso! ¿Qué querías que te dijera? Sabes mis sentimientos. No quería ser impertinente convirtiéndome en un predicador de moral, porque después de todo, á mí me sienta hablar de moral como á una entretenida el premio á la virtud. Por eso me he retraído y me retraeré cada vez más. Estoy cansado. Además, me voy haciendo viejo y voy á enterrarme en cualquier pueblecillo de por ahí y á no pensar más que en curarme el reuma.

En el tono de Lissac notábase cierta extraña é inesperada melancolía.

—¿De modo que no volverás á ir á casa?

—¿A qué? ¿para fastidiarte?..... Chico, échate á reflexionar tú solo, que te aseguro que no me necesitas para conocer lo que es el mundo. Y á

propósito, ¿sabes que nuestra querida está esta noche en el teatro?

—¡Ya la he visto!—contestó Vaudrey poniéndose pálido.

—Todavía no es Duquesa, pero lo será dentro de cuatro días. ¡Si fuese uno un canalla, con qué facilidad podría vengarse castigando á esa miserable cortesana!..... ¡Bah! ¿para qué? Ese pícaro Rosas está completamente loco, loco de atar, y tan loco, que sería capaz de olvidarlo todo, si por acaso hubiese quien se lo dijera. ¡Buen provecho le haga!

—Pero oye—añadió Lissac poniéndose serio de pronto:—¿has visto los periódicos?

—No. ¿Qué dicen?

Estaban en el pasillo de las butacas; oíase el preludeo del cuarto acto. Guy sacó un periódico del bolsillo y se lo dió á Vaudrey.

—¡Mira!..... ¡El pobre Ramel!..... ¿Le querías mucho?

—¡Ramel!

Vaudrey no necesitaba leer. Lo sabía todo desde que Guy, con tono fúnebre, había nombrado á Dionisio, sacando el periódico del bolsillo.

—¡Muerto!

Muerto dulcemente en su sillón, sentado al lado de su ventana, como si se hubiese dormido.

«Tenemos que dar cuenta—decía el suelto del periódico—de la muerte de uno de los decanos de la prensa parisiense, el señor Dionisio Ramel, que fué muy célebre en un tiempo, y que dirigió con gran acierto un periódico importantísimo que ya no existe: *La Nación Francesa*.»

Y el diario añadía unos cuantos pormenores sobre los últimos momentos del famoso periodista y nada más. Ni una palabra de elogio ó de sentimiento. El frío relato del hecho. A Vaudrey le parecía que era bien poco para un hombre tan importante.

—¿Qué te parece?—dijo á Lissac.—¡Qué ingratos son con él!

—¿Qué quieres, chico?—contestó Guy.—¿Quién le mandó no dedicarse á escribir operetas?

Separáronse después de un apretón de manos tal vez triste. Sulpicio quería dirigir otra mirada al palco de Rosas. Mariana estaba de pie, y su silueta destacábase con energía sobre el fondo oscuro de la platea. Tenía en la mano un platillo y estaba tomando un sorbete. Parecióle estarla viendo en casa de Sabina Marsy, á su lado, tomándose también un sorbete y pasando la lengua por la cucharilla de plata.... Cerró los ojos, y nervioso, aburrido, triste, bajó rápidamente la magnífica

escalera del teatro, la cual se hallaba desierta.

Pensaba en Ramel para olvidar á Mariana.

Dionisio estaba enfermo hacía tiempo; comprendía que se iba, y sonreía. Deseaba desaparecer sin hacer ruido, cortésmente, según decía, pero sin llamar la atención, á la inglesa. ¡Pobre hombre! Sus deseos se hallaban harto satisfechos.

Vaudrey tomó un carruaje é hizo que le condujese á Batignoles. Por el camino iba pensando en esas eternas antítesis de la vida parisiense: la noticia de la muerte de un amigo querido, sabida en el teatro de la Opera á los acordes de un vals cualquiera.

Y pensando en sí mismo:

—*¡De la Opera á la Opera!* ¡Esa es la historia de mi Ministerio.... y la del Ministerio Granet probablemente!

La portera de la calle de Boursault le acompañó ella misma hasta el cuarto de Dionisio Ramel. Echado en su cama, con la fisonomía aun bondadosa y sonriente, el antiguo periodista parecía hallarse dormido. La fría majestad de la muerte daba cierto carácter solemne á aquel rostro amarillento. Una luz colocada cerca de la calva frente hacía creer de cuando en cuando, al moverse, que aquellos músculos helados se contraían.

¡Dionisio Ramel! ¡El mentor de su juventud y el consejero de toda su vida! ¡Recordaba sus primeros años de abogado y de escritor, su llegada á París, los primeros artículos que llevó á la redacción de *La Nación Francesa*! A aquel hombre muerto debía él ciertamente el haber sido uno de los jefes del Estado, el Presidente del Consejo de Ministros.

Inclinóse dulcemente sobre el cadáver, y poniendo sus labios sobre la frente del muerto, le dió un respetuoso beso de despedida.

Al levantarse vió detrás de sí á un hombre cuya presencia no había notado hasta entonces, y que se había levantado.

El hombre, muy pálido, le saludó con timidez.

Vaudrey conoció á Garnier, al obrero que había visto un día en casa de Ramel, tosiendo, moribundo y resignado.

Y sin embargo, el tísico había sobrevivido al anciano periodista.

—Habéis hecho bien en venir, caballero—dijo el obrero.—¡Os quería tanto!

—¿Ha muerto de repente?

—¡Y solo! ¡leyendo un libro! Se lo encontraron ahí. Al principio creyeron que dormía. ¡Y

todo estaba concluído. ¡Mañana lo entierran. ¡Vendréis, señor?..... Yo no sabía quién erais cuando..... ¿sabéis?..... cuando dije..... En fin, no hablemos más..... Os pido que me perdonéis..... Mucha gente asistirá al entierro de Dionisio Ramel, como venga siquiera la décima parte de los que le debían favores y protección.

Al día siguiente, Vaudrey sufrió mucho! Detrás del féretro de Ramel no iba nadie. Él, Garnier y dos ó tres viejos de la casa de la calle de Bour-sault, que no lo acompañaron hasta el final porque el cementerio de Saint-Ouen estaba demasiado lejos. Nada más. Delante del nicho, Sulpicio Vaudrey se encontró solo con los sepultureros y con Granier.

Hacia muchos años que habían olvidado á Ramel, como se había olvidado él á sí mismo dejando pasar á los ambiciosos, llegar á los ingratos y subir á los egoístas! ¡Ya no existía! Y los mismos que en un tiempo le habían suplicado protección, le habían llamado *querido maestro*, le habían solicitado é incensado, ignoraban ahora hasta su nombre. ¿Se habría muerto? ¿viviría aún aquel viejo inútil que no había sabido hacerse una fortuna ni una posición, al fabricar muchas para los demás? No lo sabían ni les importaba.

A veces se reían de aquel romántico de la política, que vivía como un desdichado, pobre, perdido, ahogado en el montón anónimo, después de haber hecho Ministros y deshecho Gobiernos. Y al tener noticia de su muerte, ni uno solo de aquellos que se lo debían todo, ni uno solo de aquellos políticos que ahora cabalgaban ufanos porque él les había dado el estribo, ni uno solo de aquellos cómicos del Parlamento ó del teatro que le habían implorado, solicitado, adulado, ni uno solo se encontraba allí para pagar al pobre anciano la deuda del recuerdo cuando menos. Aquella soledad siniestra, azotada por el viento frío del invierno, pareció á Sulpicio un abandono feroz y una cobardía. ¡¡Dos hombres detrás del féretro de aquel inventor de hombres!!

—¡Haced, haced periódicos, es decir, haced á los demás!—dijo Vaudrey moviendo la cabeza.

—Después de todo—contestó Garnier—en todos los oficios hay víctimas, y naturalmente estos son los más honrados.

Y aquel hombre que había sido Ministro se alejó del cementerio, acompañado de aquel pobre diablo que tosía tristemente tiritando de frío y con el cuello de la chaqueta levantado para abrigarse la garganta.

Antes de separarse, Vaudrey le preguntó casi con timidez si el trabajo iba mejor.

—Sí, señor, gracias—contestó Garnier.—Sí, he encontrado trabajo..... Y además—añadió moviendo tristemente la cabeza y señalando al cementerio—después de todo, siempre encuentra uno donde lo coloquen, y tal vez ése es el mejor sitio.

El obrero saludó, y Vaudrey se metió en un coche, triste y desesperado. Parecíale que su vida se acababa, que iba dejando en el camino pedazos de sus carnes desgarradas. El terciopelo negro de la caja de Ramel le recordó—y sonrió tristemente ante esta nueva ironía—las cuentas del tapicero que aun no había pagado por las cosas hechas la noche del baile en el Ministerio, último día de poder y de felicidad para él. Los muebles y adornos que había en el palacio no le habían bastado, porque deseaba cosas más modernas. Dió al cochero las señas del tapicero, que vivía en el boulevard de los Capuchinos. Apenas se atrevía á entrar en la tienda y á decir: «Vengo á pagar la cuenta de los gastos hechos en el Ministerio.» Aquello le parecía que era pagar la cuenta de un entierro. Satisfacer una factura del tapicero que le relacionaba con un baile ya olvidado de todos, se le antojaba realmente macabro.

Creyó notar que al cobrarle el tapicero sonreía burlonamente.

Sintió gran consuelo al verse fuera de la tienda; tenía ganas de andar, porque sentía frío y la necesidad de que su sangre circulase mejor.

Oyó su nombre pronunciado inesperadamente; volvió la cabeza y vió delante de sí á Jeliotte, su paisano, su antiguo discípulo y compañero de la infancia, que, sonriente y satisfecho, le alargaba las dos manos cordialmente.

—Te dije que me encontrarías á tu lado cuando dejases de tener cortesanos, y aquí me tienes—dijo Jeliotte.—¡Ahora me verás siempre que quieras!

—¡Ah!—dijo Vaudrey.

Jeliotte le cogió del brazo.

—¿Vas al Parlamento?

—Sí, precisamente allí iba.

—Pues te acompañaré..... ¡Ah! ahora que ya no eres Ministro, chico, y que no parece uno un cortesano adulador, se te puede hablar!..... Has cometido bastantes faltas..... ¡Eras demasiado confiado!..... Es menester andar más listo..... ¡Además, el Ministerio no podía durar!..... ¡Esas situaciones son bonitas, pero se acaban pronto!..... Es menester que todos alternen, ¿no es verdad?.....

¡Bah! ¿quieres que te diga la verdad?..... ¡Pues mira, así estás mejor..... yo prefiero verte así!

Vaudrey sentía deseos de zamarrear á aquel impertinente que iba cogido de su brazo.

—¡Yo soy así, chico—añadió Jeliotte!—¡quiero más á los amigos cuando están caídos! ¿Qué quieres que te diga? Soy generoso por temperamento..... Y á propósito..... no me has visto antes porque no estaba en París; acabo de llegar de nuestro pueblo.

—¡Ah!—dijo Vaudrey pensando en Adriana.

—¡Y tengo otra buena noticia que darte! Si estás harto de la política, podrías muy bien descansar en las próximas elecciones.

—¿Cómo?—preguntó Sulpicio.

—Sí. Thibaudier está trabajando mucho en Grenoble. Quiere ser diputado, y tiene de su parte á toda la ciudad. Lo quieren mucho, porque es un alcalde modelo. De seguro triunfará, porque tiene hechos muchos trabajos y cuenta con grandísimos elementos.

—¿Contra mí?

—Contra tí. Es muy popular el bueno de Thibaudier. Y fuerte..... ¡como una roca!..... Dice que eres demasiado moderado..... Verdad es que eso lo dice todo el mundo.

—¿Él?..... ¿pues no fué individuo del Comité imperialista en tiempo de Napoleón?

—Precisamente. Por eso es republicano radical; por eso, porque era bonapartista rabioso! ¡Oh! ese es un hombre que vale. ¡Y tiene una energía! ¡Ese no hará concesiones! ¡Jamás! Te derrotará, porque, aparte de todo eso, allá en nuestro país quieren una representación homogénea en la Cámara.

—¡También!—exclamó Vaudrey, á quien decididamente perseguía la dichosa palabreja.

Después de todo, ¿qué le importaban Thibaudier, y la diputación, y las elecciones, y la política? Dionisio Ramel tocaba las consecuencias reales de todo aquello allá en su nicho del cementerio de Saint-Ouen.

—Pero dejémosnos de Thibaudier—añadió Jeliotte. ¿Sabes que he visto á tu mujer en Grenoble?

Vaudrey se puso pálido.

—Ha cambiado mucho. No sale de casa de su tío el médico. No recibe á nadie. ¿Está enferma?

—Sí, un poco.

—¿Y estáis separados?

—¡No!—dijo Sulpicio.

Jeliotte se echó á reir.

—¡Ah! ¡tunante! ¡Comprendo!..... ¡Tu mujer era demasiado rigorista!..... ¡Caramba, al fin provincialiana!..... ¡Bah! ¡eso se arreglará! Y si no se arregla te verás libre, y se acabó..... ¡Pero supongo que si no sales reelegido te volverás á Grenoble con ella! ¡Oh! ya verás cómo encuentras clientes, porque como abogado se te considera mucho; pero como Ministro, la verdad es que como Ministro.....

—¡Seré reelegido!—contestó Vaudrey con firmeza para poner punto final á las impertinencias de Jeliotte.

Estaba violentamente nervioso. La tontería de aquel hombre le exasperaba. No encontraba en su camino más que motivos de irritación ó de desconazonamiento. Sentía deseos de reñir con cualquiera. Hubiese querido retorcer entre sus dedos las muñecas de Mariana.

Al entrar en el salón de conferencias del Parlamento tropezó con un caballero que ni siquiera lo saludó, y al cual creyó él reconocer.

—¡Indudablemente le conozco!

Á los pocos pasos recordó perfectamente al eterno pretendiente que se doblaba por el espinazo siempre ante él, y que vivía pegado como una lapa á los divanes de su antesala del Ministerio; aquel

á quien los porteros, acostumbrados á verlo inclinarse, saludar, hacer reverentes adulaciones por espacio de meses y de años enteros, llamaban familiarmente el *señor Eugenio* á secas.

¡Aquello era demasiado! Y en verdad que la descortesía de semejante majadero llegaba en mala ocasión.

Sulpicio se volvió bruscamente, y encarándose con él le dijo en tono desabrido:

—¡Hace algún tiempo me saludabais con un poco más respeto! ¡Se me figura que os pasabais la vida haciendo antesala en el Ministerio para molestarme con vuestras pretensiones!

Esperaba una respuesta altiva de aquel ente, y entonces el ente hubiese pagado por todos; pero el *señor Eugenio* contestó sonriendo:

—¡Y sigo siempre lo mismo, caballero!

Vaudrey le miró estupefacto; luego, con colérica vivacidad, como si en la contestación dada á aquel ente pusiera la realización de todos sus proyectos del porvenir contra los tontos, los aduladores, los lacayos y los ingratos,

—Pues bien —dijo— me volveréis á saludar, porque volveré á ser Ministro.

Y volviéndole la espalda, entró en el salón de sesiones de la Cámara.

En aquel momento oyó una tempestad de aplausos y bravos entusiásticos que le pareció un bofetón recibido en el rostro. Miró en torno suyo y se mordió los labios.

Luciano Granet estaba en la tribuna, y la mayoría parlamentaria le aclamaba.

IX.

Mariana Kayser había tenido el buen gusto, y tal vez el buen sentido, de no querer que su boda se hiciese con solemnidad ni con ostentación.

Poco le importaba entrar furtivamente en su ducado, con tal de poseerlo de verdad. Más tarde tendría tiempo de sobra para erguir la cabeza bajo su corona ducal; entre tanto era necesario mostrarse modesta bajo la corona de azahar. Había despedido de su casa, dotándolos con extraordinaria largueza, á su criado y á su doncella, porque no quería conservar á su servicio á nadie que conociese á Vaudrey. Había aconsejado á la doncella que se casase con Juan.

—Eso de casarse es divertido—le había dicho.

—La señora es muy buena—contestó la muchacha;—pero bien ve la señora por sí misma que lo